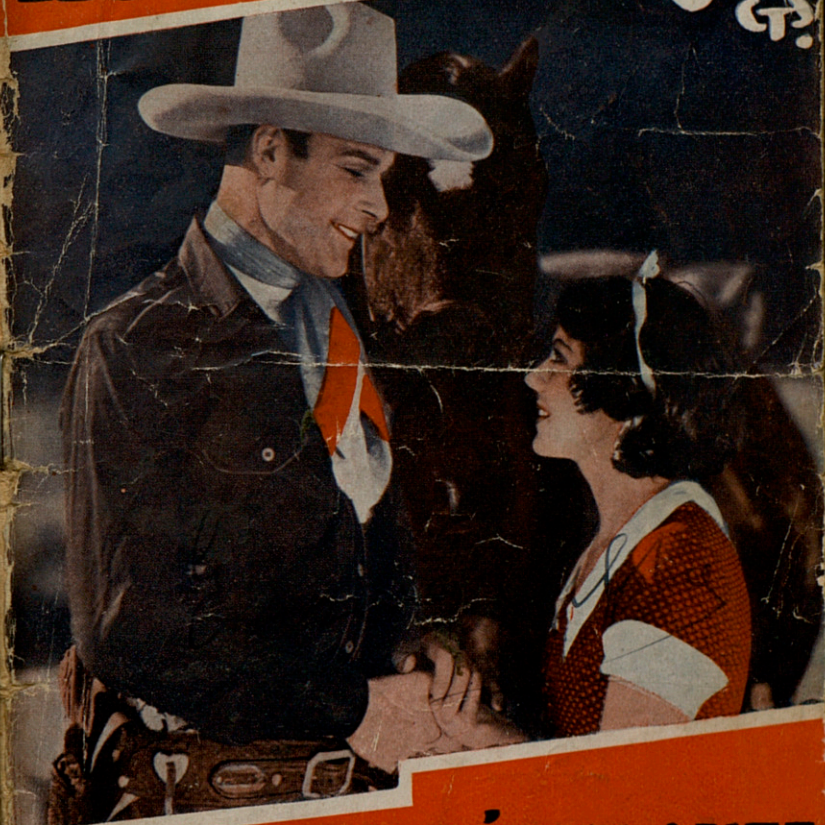


LA NOVELA CINEMATOGRAFICA
DEL
HOGAR

166

30
CT.



LANE CHANDLER
MARIE QUILLAN

EL CICLÓN DEL OESTE

EDICIONES BISTAGNE



La Novela Cinematográfica del Hogar

Publicación semanal de películas selectas

Director:

Año IV Francisco-Mario Bistagne Núm. 166

CHEYENNE CYCLONE 1932

EL CICLON DEL OESTE

Película de aventuras, interpretada por el popular
LANE CHANDLER, MARIE QUILLAN, JAY
HUNT, FRANKIE DARROW, EDWARD HEARN,
HENRY ROQUEMORE, CONNIC LAMONT, etc.

ES UNA PRODUCCIÓN WILLIS KENT

Distribuida por

ATLANTIC FILMS

Avenida Eduardo Dato, 7
Aragón, 251, pral.

MADRID
BARCELONA

Postal-regalo: TOM KEENE

EDICIONES BISTAGNE

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

Prohibida la
reproducción

El ciclón del Oeste

Argumento de la película

I

—Te quiero con delirio—declamaba con voz fingida Bob Carlton, y estrechaba con fuerza a su pareja.

—Parece talmente como si estuvieras intentando ahogarme en lugar de representar una escena amorosa—exclamó iracunda la muchacha, al mismo tiempo que se zafaba bruscamente de su fingido galán.

Ante ellos estaba su empresario, que debía aceptar un contrato para la actuación de ambos en una tournée de cómicos de pueblo. Cualquiera

que hubiera visto la escena que representaban tan pésimamente Bob y la muchacha en cuestión, no habría podido jamás adivinar los estériles esfuerzos que para ganarse el sustento tenían que hacer aquellos desgraciados.

Ella era una de esas actrices que jamás han conseguido actuar tres días seguidos en el mismo teatro, pero que a fuerza de resistir pateos y silbidos, han logrado curtirse hasta tal forma que, con saber que aquel día van a comer, ya tienen bastante.

En Bob Carlton se adivinaba en seguida que jamás había actuado en las tablas y que bajo aquel traje raído que llevaba se escondían un alma y un cuerpo fuertes y nobles capaces de llevar a cabo gestas de mucha más importancia y peligro que desempeñar un pequeño papel en cualquier teatracho de pueblo.

—Pues no lo hace tan mal como tú quieres dar a entender—dijo el individuo que parecía actuar de director o empresario—. Yo creo que lo mejor es que volváis a repetirlo, esta vez seguramente os saldrá todo más acoplado y con mayor sentimiento.

De mala gana y peor talante, se decidieron a cumplir con su pesada obligación. Ella, deseosa de lograr algo de provecho, se convirtió, por unos momentos, en galán, y representó a las mil maravillas el papel correspondiente a él.

Bob volvió a intentar el ensayo de aquella escena amorosa, que fingida por nuestro personaje, todo lo parecía menos lo que tenía intención de ser.

—Has de abrazar más suavemente, sin tapar la figura de tu pareja—aconsejó el empresario—. No es que lo hagas mal, pero todavía tienes mucho que perfeccionar. Yo creo que con unas cuan-

tas repeticiones conseguiréis un resultado satisfactorio. No os canséis de ensayar; mientras tanto yo voy a ver qué teatro hay aquí para actuar.

Tan pronto como el hombre que parecía haberles contratado cerró la puerta al irse, se entregaron de nuevo a la ficción.

Una, dos, diez, cien veces repitieron la escena, hasta que a su buen entender les pareció que ya salía lo suficientemente bien para el pago que por ello les daría el roñoso concertador del "espectáculo", como él pomposamente llamaba a aquellas escenas sin orden ni concierto, que bajo su dirección tenían que representar por esos pueblos del mundo...

—Oye: ¿qué te parece si llamaras a ése, para que asista a nuestro ensayo general?...—dijo riendo la muchacha.

—Voy volando, que pudiera ser que se me olvidara lo aprendido—contestó en son de broma Bob.

Genovieve Traid, la comedianta, conocía demasiado las jugarretas de esos empresarios explotadores, para que pudiera estar tranquila. Ella maliciaba algo, se portaba demasiado benévola con ellos, y no era esa la costumbre de Mc. Haid...

El dueño del hotel le dio el notición a Bob. Sí, Mc. Haid había recogido su equipaje, y después de pagar su cuenta se había marchado a la ciudad.

La sorpresa se reflejó en el rostro de Bob, que no era más que un niño grande, uno de esos corazones donde la desconfianza no ha anidado todavía.

—Pero si teníamos que trabajar aquí en un teatro... Además, él sabía que ni la señorita Traid ni yo disponemos de dinero. Supongo que al me-

nos habrá pagado nuestro hospedaje por unos cuantos días—exclamó, disgustado, Bob.

—Nada de eso, y debo advertirles a ustedes que sus maletas quedarán en rehenes mientras ustedes no paguen sus respectivas cuentas... Pues no faltaba más...—dijo el amo del establecimiento, acostumbrado a no cobrar sus cuentas.

Avisó inmediatamente a Genovieve de lo que sucedía, y ésta, en lugar de darle una solución, le llenó de improperios, achacándole la culpa de sus desgracias, y como último consuelo le advirtió que ella ya sabía dónde podría ganar lo suficiente para comer, como bailarina de café...

—Y... ¿no sabes algo para mí?—preguntó Bob.

—No, porque aquí sólo podrías encontrar trabajo como vaquero, y esto, tú, con ese traje de señorito de la ciudad... no lo conseguirías ni pagando dinero encima—contestó burlescamente la joven.

Un sonrisa iluminó la boca del apuesto mozo, dejando ver la doble fila de sus blancos dientes, y, enigmático, musitó, como hablando consigo mismo:

—Haces mal en asegurarlo...

II

Bob Carlton, dentro de su traje viejo, pero bien cortado, recordaba más a un señorito de la ciudad que al cow-boy de las praderas. Pero algo denotaba en él que no le eran del todo indiferentes aquellos hombres valientes y rudos que luchaban por el engrandecimiento del país.

Avanzaba hacia el corro de vaqueros y gente del campo que asistían a la viva discusión entablada a la puerta de la taberna de aquel pueblo naciente.

Como casi todos esos pueblos que han servido de cuna a las grandes ciudades americanas de hoy, sus principales construcciones eran de madera.

El núcleo de vida estaba formado por una veintena de casas agrupadas en aquella anárquica calle central, donde estaba la taberna, ante cuyas escaleras de entrada discutían acaloradamente un hombre viejo, de cara bondadosa, pero enrojecida por el enojo, y el otro algo más joven pero en plenitud de sus facultades y con una arrogancia como si el mundo entero fuera suyo.

La discusión, como hemos dicho antes, era presenciada por algún público que hacía corro a los litigantes, pero sin entrometerse ni exteriorizar

su opinión favorable o adversa a ninguno de los dos.

—Claro que no tengo ningún documento que me autorice a ello, pero bien sabes tú que así quedó concertado cuando compré mis terrenos—exclamó el viejo, sumamente irritado.

—No sé de qué me hablas, y te debo advertir muy seriamente que no permitiré de ninguna forma que tus ganados vengan a beber a mis propiedades.

—Entonces yo diré a todo aquel que me quiera escuchar que eres un estafador y te aprovechas de las circunstancias adversas en que actualmente me encuentro...

Tal vez si el insulto hubiera sido dicho a solas no se considerara tan ofendido "Flash" Corbin (que así se llamaba el hombre más joven), pero las palabras del viejo las habían oído otros y era necesario dar un castigo al osado que tan audazmente le insultara.

Sin esfuerzo notorio derribó de un empujón al pobre anciano y levantó la vista con satisfacción mal disimulada buscando la aprobación a su baladronada, como si ésta le pusiera a cubierto de las verdades proclamadas por su adversario.

Bob, que había asistido a las últimas frases cruzadas, y le había sublevado la sangre la maldad y cobardía de Corbin, no pudo refrenar sus instintos, y sin pensar en las consecuencias se lanzó como un torbellino sobre aquél, sin darle casi tiempo a percatarse de la avalancha que se le venía encima.

En Bob había desaparecido por completo el señorito de ciudad, y en mangas de camisa lucía su potente tórax y unos musculosos brazos que parecían aspas de un pequeño molino, pero que buscaban únicamente el rostro del maltrecho Corbin.

Por dos o tres veces intentó éste levantarse del suelo y dar una debida réplica a su contrincante, pero era Bob demasiado fuerte para dejarse ni tan siquiera igualar por un hombre de la categoría de su enemigo.

—Otro día me parece que se abstendrá de pegar a un viejo... por lo menos delante de mí—



—Otro día me parece que se abstendrá de pegar a un viejo.

le dijo, como advertencia, nuestro simpático amigo.

Dejó que Corbin se levantara, y cuando éste se disponía a marcharse, limpiándose con las manos el polvoriento traje, con un puntapié le mandó el sombrero medio chafado, que se había quedado cerca de Carlton.

"Flash" tuvo que acordarse de la corrección que acababa de sufrir, para no castigar al muchacho desconocido que así le ponía en ridículo ante la gente.

Patrick O'Brien era el pobre viejo en cuya defensa había salido Bob, y el cual apenas "Flash" Corbin volvió la espalda, se esforzaba en demostrar su agradecimiento al mozo, diciéndole con voz emocionada:

—Bravo, chico; qué bien pegas; así se escarmenta a los cobardes que no guardan respeto a las canas...

El grupo se fué deshaciendo, pero en todos los comentarios el tema preferente era el rasgo de valentía y nobleza de aquel desconocido.

Amistosamente Bob acompañó a su nuevo amigo O'Brien hasta el carricoche que allí cerca tenía, y al despedirse éste le ofreció su casa, en las cercanías del pueblo.

—Tenemos un rancho que le gustaría verlo. Siempre es atractivo para ustedes, los de la ciudad, ver lo agreste de nuestros bosques y campos... Créame que es digno de verse. Si se decide y viene, ya sabe que me dará una alegría—dijo afectuoso, y saludándole con la mano se alejó por el camino, dando tumbos el carrito a causa de los baches y piedras que dificultaban la vereda.

Satisfecho de su comportamiento y más optimista, a pesar de su crítica situación, se volvió hacia el pueblo. La casualidad le deparó una sorpresa agradable a los pocos pasos.

Uno de los curiosos que había asistido a su pelea, al pasar lo miró repetidas veces, hasta que, sin poderse aguantar ni darle importancia a que ya estaba un poco lejos, le gritó:

—¡Eh, Bob Carlton! ¿Qué haces por estos rincones del mundo? ¿Es que te has perdido?

Al oírse llamar por su nombre y apellido, en un lugar donde creía no tener más amigo que el que acababa de crearse, con el consiguiente asombro y casi instantáneamente volvió la cabeza en busca de aquel extraño ser que le conocía, a pesar de su traje destrozado y de hallarse a tantos kilómetros de su centro de vida habitual.

La sorpresa trocóse en alegría al reconocer al antiguo amigo, compañero de aventuras y correrías, el buen registrador de tierras de Sherrytown, míster Harrison, y ambos, sin darse cuenta, se encontraron con las manos fuertemente enlazadas, haciéndose recíprocas preguntas respecto a su vida actual.

—Pues yo, ya ves—dijo Harrison, muchacho de alguna más edad que Carlton, pero también de fisonomía agradable y tipo atrayente—, convertido en un fiel representante del poder oficial y registrando propiedades para evitar las enojosas discusiones que de continuo provienen de estas reparticiones y cambios de dueño de los terrenos y sus correspondientes riquezas... Pero lo que de ti más me desconcierta es esa vestimenta, a la que tan poco aficionado eras antes. ¿Es que ya no quieres ser?...

—¡Chist!... No hables alto, que aquí he venido en calidad de actor de teatro pasional—acabó Bob, riendo.

—¿Así ya no adiestras los caballos salvajes de la hacienda de tu tío John?

—No; me incomodé con él porque quería casarme con otra sobrina suya...

—Así ahora estás sin trabajo, ¿verdad? Oye, ven conmigo a mi despacho, que allí, más descansados, podremos hablar, y creo que te propondré algo que te convendrá—propuso Harrison.

III

Era el despacho de Harrison la oficina de inscripción de propiedades, y allí, ante su mesa, departían amigablemente, contándose sus cuitas los dos amigos.

—Yo ya hace algún tiempo que obtuve por oposición esta plaza de registrador, y no estoy descontento de ella. Claro que hay que ir con cuidado, pues no todos los moradores de estos conornos tienen una moralidad intachable. Por cierto que tengo que advertirte que te has creado un mal enemigo, pues ese con quien te has peleado, es "Flash" ("Relámpago") Corbin, individuo muy rico y poderoso, que parece dispuesto a irse quedando con todas las propiedades que valen algo de por aquí.

—Pues me ratifico en lo que a él le dije antes: Sólo un cobarde se atreve a poner la mano sobre un anciano indefenso como ese pobre Patrick O'Brien.

—Oye: tú aquí estás sin trabajo, y si me hicieras caso podrías hacer una obra buena y encontrarte de nuevo en tu elemento... ¿Por qué no vas a ayudar a O'Brien en las faenas de su granja? Yo entiendo un rato en calidad de ganado, y el que tiene ese buen Patrick es de lo me-

jorcito y más sano que he visto de mucho tiempo a esta parte.

—Bien, como tú digas. Siempre he confiado en ti como en un hermano.

—Voy a darte una carta de presentación diciéndote que quieres aprender las faenas del vaquero, y tú finjete novato y torpe al principio, como si en realidad no conocieras a fondo el asunto... así él te aceptará sin otro pago que la manutención, ya que yo sé positivamente que está pasando días de verdadera privación debido a la carestía de agua para el abrevaje de sus reses.

—Y todo eso debe ser obra del bandido de Corbin... Nada, ni una palabra más; estoy deseando que firmes esa misiva para salir corriendo hacia allí.

—Precisamente tengo aquí conmigo a "el Huerfanito", que fué recogido de pequeño por Patrick y vive allí; él te acompañará.

En aquel momento entró el muchachito en la habitación. Era un poco bajo para sus doce años, y de tipo delgadito que todavía influía más en darle la sensación de un niño disfrazado de cowboy. Unos ojos muy negros y vivos, como centellas, daban a su rostro una expresión de inteligencia y rapidez de comprensión.

Miró de arriba abajo a Bob, y haciendo un gesto de hombre cargado de preocupaciones, exclamó con tono de suficiencia:

—Harrison, la cara y el tipo son agradables, pero lástima de traje... No se puede hacer nada a derechas con ese terno... tan ajustadito...

Las reflexiones de Jack "el Huerfanito" fueron acogidas con una franca carcajada por parte de ambos amigos, a quienes miraba sorprendido el avisado chiquillo, que seguramente no había dicho su parecer con ánimo de causar gracia.

—Este joven va a ser el nuevo vaquero que vais a tener en "Río Perdido"—dijo Harrison.

Esta vez fué a "el Huerfanito" al que le tocó reírse, y lo hizo de buena gana, tanto porque dudaba de las condiciones de Bob, como por vengarse del efecto de sus anteriores palabras.

—No te rías, Jack. Conviene que tú le guíes. El desconoce las costumbres del campo y las quiere aprender; así es que espero que te portarás como tú sabes hacerlo... Además, debes estar muy contento con Bob, porque acaba de pegarle un palizón a "Relámpago", a quien tú tanta rabia tienes...

—Bien, Bob Carlton; eso ya me convence más. Por mi parte estoy dispuesto a partir cuando gustes...

—Buena suerte y, sobre todo, discreción, Bob, que "Flash" es un mal sujeto, y la partida de hoy te la debe haber anotado en la cuenta del debe.

Una despedida rápida y efusiva entre ellos y en seguida emprendieron el camino hacia el rancho el pequeño Jack y el vaquero de nuevo cuño Carlton.

Durante su marcha entablaron amistad, que fué haciendo renacer una cordial alianza, que seguramente produciría muy buenos resultados.

Al llegar al rancho, Carlton vió a poca distancia de la casa, de espaldas a ellos, una figura de vaquero, que al volverse de cara le reservaba una nueva sorpresa. No era un chico, como en principio había creído él, sino una bonita muchacha vestida con las prendas corrientes de los cow-boys y que escondía una preciosa cabellera negra y rizada bajo el sombrero de fieltro de anchas alas.

—Buenos días. ¿Qué desea usted?—preguntó la muchacha a Carlton.

—Vengo con una carta de Mr. Harrison para el señor Patrick O'Brien, que supongo debe ser...

—Mi padre... no se ha equivocado. Tenga la bondad de pasar, que en seguida le recibirá él—contestó amablemente, dirigiendo una mirada llena de coquetería a Carlton. "El Huerfanito", que se dió cuenta, hizo un guiño y siguió a Carlton y a la joven, que se dirigían al interior de la casa.

—¡Caramba, joven, cuánto me alegro que se haya decidido a aceptar mi invitación!—exclamó el viejo al ver aparecer a Carlton por la puerta.

—¿Así ya conocías a este señor, papá? ¿No decía usted que traía una carta?—comentó, sorprendida agradablemente.

—Carlton, le presento a mi hija Patsy, mi mayor tesoro. Y tú, Patsy, estrecha la mano de este bravo defensor de los débiles; él ha sido quien me ha librado de las garras de ese sinvergüenza de Corbin...

—No vale la pena ni de mencionarlo. Yo he venido en busca de trabajo, recomendado por mister Harrison, que fué amigo mío durante... su estancia en la ciudad, en casa de mi tío John... No sé casi nada de los trabajos y costumbres de los ranchos, pero quisiera aprender; por mi parte pondré mi mayor deseo en lograr pasar con éxito mi aprendizaje...

—Un poco pesado es el oficio de mozo en un rancho como este, donde todo el trabajo recaerá sobre usted, y con unos ayudantes tan flojos, como son un niño, una muchacha y un viejo—se apresuró a decir O'Brien, con el temor de que el muchacho no fuera lo suficiente fuerte de voluntad para llevar adelante sus proyectos.

—Yo ya le enseñaré bien cómo se recoge el ganado—añadió “el Huerfanito”.

—Y por mi parte—comentó Patsy, ruborizándose—poca cosa puedo, pero... si en algo vale mi ruego, me parece que pronto aprenderá, y no sería extraño que esta vida le guste más que la de la ciudad...

—Así lo espero—fué el único comentario de Bob Carlton; pero en su interior estaba encantado de la nueva vida que para él comenzaba al lado de aquellos tres seres que sin darse cuenta se sentían ya más defendidos desde que él estaba a su lado.

Aquella noche, cuando, después de cenar, “el Huerfanito” pidió a Bob que le continuara contando aquella historia de un domador de potros del ejército, que había empezado a contarle viniendo hacia el rancho, éste, distraídamente, sin darse cuenta se fué a sentar junto a Patsy y entabló con ella una animada conversación, mientras Jack, medio ofendido por la poca atención que le había prestado su amigo, se fué a quejarse al viejo Patrick, quien le acogió con una sonrisa.

IV

Habían pasado varias semanas desde que Bob llegara a Sherrytown, y su presencia en casa de O'Brien había sido tan beneficiosa que en varias ocasiones tanto Patsy como su padre se percataron de que los trucos y tretas de que se servía Bob para cuidar el ganado no podían ser fruto de un aprendizaje de corto tiempo.

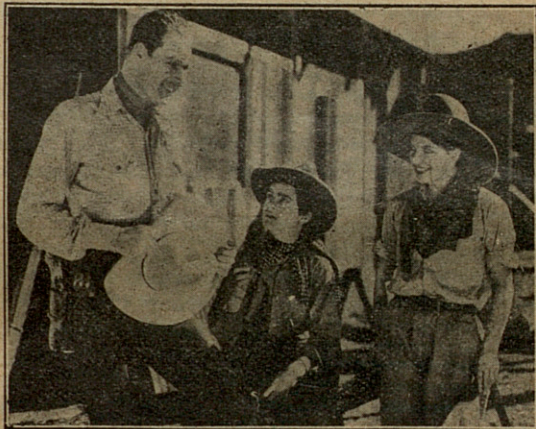
Algunas noches, después de cenar, salían a dar un paseo a caballo Patsy y Bob, y llegaban hasta cerca del riachuelo que abastecía los depósitos de agua para el ganado.

Estos paseos tenían para Bob un doble y provechoso fin. Primero charlar con Patsy, que cada día se le adentraba más en el corazón, y vigilar cualquier criminal intento que por parte de “Flash” temía pudiera provenirles.

Cierta noche, cuando más animado coloquio sostenía nuestra pareja, Carlton creyó descubrir a lo lejos y entre el arbolado unas sombras que sigilosamente avanzaban. Unos instantes de atenta observación y silencio fueron bastantes para descubrir que, en efecto, dos hombres a quienes no podía reconocer por la intensa oscuridad que reinaba descendían de sus cabalgaduras y tras muchas precauciones se acercaban al riachuelo.

Con decisión, Bob se dirigió al encuentro de aquellos misteriosos personajes, y después de comprobar que algo tramaban contra la propiedad de O'Brien, se dispuso a entablar una desigual lucha para castigar a aquellos malhechores.

El malvado proyecto de éstos era envenenar las aguas donde generalmente iban a abreviar los animales pertenecientes al viejo Patrick O'Brien.

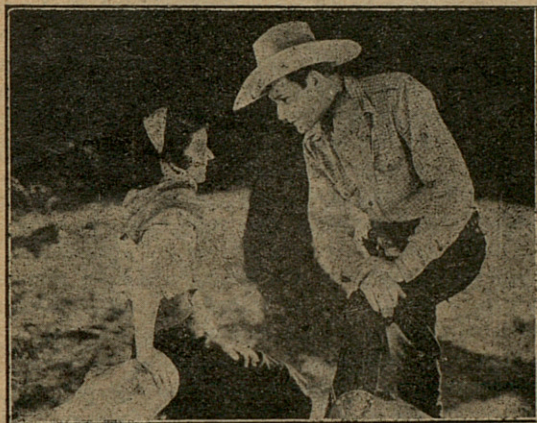


Habían pasado varias semanas...

Cuando llegó hasta ellos nuestro valiente mozo, su destructora labor ya había sido llevada a cabo. El que parecía mandar más de ambos misteriosos personajes recomendó en voz baja a su compañero que no dejara abandonadas las pequeñas latas que contenían el veneno que acababan de verter en el canalillo.

En estos momentos llegó Bob, dispuesto a hacerles pagar cara su felonía y, como siempre, con un arrojo casi temerario que le había valido el honroso nombre de "El Ciclón del Oeste", arremetió, con su furia característica, contra los dos desconocidos.

A pesar de la diferencia numérica la victoria parecía que se decidiría a favor del audaz va-



Estos paseos tenían para Bob un doble y provechoso fin.

quero, pero alguien aguardaba entre la sombra, cobardemente, incapaz de luchar cara a cara por sus rapaces apetitos, y cuando pudo observar que sus dos secuaces rodaban maltrechos por el suelo, medio atontados por los contundentes puños del valeroso Bob, salió de su escondrijo y a traición

le dió un fuerte golpe con la culata de su carabina en la cabeza, cayendo desvanecido a sus pies el pobre Carlton. Rápidamente, temeroso tal vez de una reacción por parte de Bob, Corbin, que no era otro el cobarde atracador, reanimó a sus compañeros, y recogiendo con precipitación las latas vacías que habían contenido el veneno, huyeron.

Patsy llegó al mismo tiempo que Bob se acercaba a rastras hacia cerca del borde del riachuelo para mojarse la contusión producida por el fuerte golpe que le había conmocionado. Con el pañuelo de Patsy empapó la herida recibida, y al hacerlo descubrió entre la hierba una lata del veneno que con las prisas de la huida se habían olvidado de recoger los bandidos.

Ante la urgencia del caso, decidieron poner remedio inmediatamente, volviendo hacia la hacienda para que Bob, con ayuda de "el Huerfanito", pudiera encerrar en sus cercados todo el ganado y evitar así el envenenamiento de que hubieran sido objeto aquellos indefensos animales.

Causaba admiración y sorpresa ver aquel "Ponny" (caballo de estatura pequeña), de piel manchada en negro y blanco, diestramente montado por aquel pequeño centauro, que con maestría sorprendente hacía caracólear su caballito entre el ganado conduciéndolo hacia la puerta del cercado que le servía de cuadra.

Una vez cumplido su cometido, Bob y Jack se entretenían en ejercicios de volteo y equitación, en los cuales hacían ambos mil filigranas. Durante uno de los descansos de Jack, y mientras estaba tendido sobre la hierba del campo cercano al rancho, le pareció notar un ruido subterráneo que no supo al principio definir con exactitud.

—Me parece que he notado—dijo "el Huerfanito"—algo muy interesante. Agáchate y aplica el oído al suelo y dime qué has notado.

—Es verdad; algo así como un ruido de agua al caer contra las rocas, pero a una distancia lejana—exclamó con regocijo Bob, y levantándose salió corriendo hacia la casa, en cuya puerta se hallaba el viejo Patrick.

—Usted sabe por dónde continúa el río que nace en "Green-Hill"?—preguntó Carlton.

—Se pierde a un kilómetro de aquí, en un terreno rocoso, y a esta circunstancia se debe el nombre con que se conocen los terrenos que forman mi propiedad. "Río Perdido" tiene su origen en esa especial desaparición.

Sin esperar más explicaciones, y como si de pronto se hubiera vuelto loco, se dirigió al simpático Jack, diciéndole, mientras él montaba ágilmente su caballo:

—Tú quédate aquí para vigilar si pasa algo, mientras yo voy al pueblo para consultar unas cosas con míster Harrison.

No tardó dos minutos el impaciente muchacho en seguir los pasos de su admirado Bob, y sin poder refrenar sus instintos, se despidió también del viejo O'Brien y su hija, diciéndoles que se iba en seguimiento de Carlton, por si le pasaba algo.

Harrison escuchó con atención las declaraciones de Bob, y después de breve meditación le aconsejó:

—Por todo lo que me has dicho deduzco que, efectivamente, hay muchas probabilidades de que el ruido que habéis observado sea producido por el cauce interior de "Río Perdido". Ni que decirte tengo que en caso afirmativo la riqueza de la propiedad de Patrick O'Brien se habría cen-

tuplicado en pocas horas. Sólo tenéis una solución, pero el caso bien vale el sacrificio que hay que hacer: En la ciudad cercana hay una sola Compañía que pueda hacer pozos artesianos por medio de taladros. El encargado se llama Eduardo "el Perforador", que con una carta mía te hará este trabajo.

Un ruido en el ventanal del despacho les hizo salir de la casa para conocer la causa de ello.

En un tonel que para la recogida de agua de lluvias había junto a la ventana del despacho de Harrison se encontraron metido de cabeza, pateando, rabioso, a "el Huerfanito". Entre risas le sacaron de su atribulada situación.

—No veo la gracia que pueda tener que a un hombre, a traición, lo metan de cabeza en un tonel cuando descubre que se está escuchando lo que no les importa—se quejó ofendido, Jack.

Se miraron, y cambiando una mirada de inteligencia calmaron al pobre muchacho, y Harrison le preguntó:

—Pero ¿qué te ha pasado? ¿Es que te has peleado con alguien o qué?

—No—contestó "el Huerfanito"—. Al llegar aquí he visto, medio escondido junto al tonel, a un hombre que escuchaba, y cuando le he preguntado qué hacía allí, sin darme tiempo para ver quién era, me ha metido de cabeza en la cuba...

—Debes andar con mucho cuidado, Bob; en todo esto veo la guerra sin cuartel de "Relámpago" Corbin, y créeme, es hombre capaz de cualquier cosa con tal de conseguir lo que se propone—advirtió Harrison.

—No hay tiempo que perder. Vamos a la ciudad a avisar a la Compañía de Pozos artesianos para que vengan con nosotros mismos y empiecen

seguidamente las obras. Cuanto antes encontremos agua, mejor, porque tengo la certeza de que el cínico de Corbin intentará por todos los medios quedarse con la propiedad del pobre O'Brien... Pero, o poco valgo, o se equivoca de camino...

Se dispusieron a emprender el viaje hacia la próxima ciudad, deseosos de lograr vencer al hombre que con tan malas artes procuraba adueñarse de las propiedades del indefenso viejo.

Casi al mismo tiempo, en la trastienda de la taberna, Corbin y uno de los de su partida hablaban animadamente.

—Raven, si es verdad todo lo que me cuentas que has oído, te daré una buena recompensa—prometió Corbin.

—Tú mismo puedes comprobarlo. Dentro de dos días tendrás de vuelta a esos dos infelices, acompañados por todos los trastos y gente para comenzar los trabajos para la perforación... Ahora, que si tú quieres, fácil te ha de ser eliminar del medio ese peligro... Cuando estén frente al Paso Estrecho, se disparará sobre Eduardo "el Perforador", y como que es el único que sabe de pozos artesianos, deshaces todo el programa a ese imbécil de Carlton...

—No está mal la idea. Tú mismo puedes encargarte de la ejecución.

—Bueno. ¿Se pagará bien el servicio? — preguntó el malvado.

—Desde luego.

V

Por la carretera avanzaba la pesada impedimenta que componía el equipo necesario para llevar a cabo el pozo artesiano.

En el carro primero, guiado por Eduardo "el Perforador", iba también Jack, que no pasaba un minuto que no preguntara algo relacionado con la perforación, de cómo se hacía, de las probabilidades de éxito que había, etc. En este carro se traínaba la peligrosa carga de la pólvora necesaria para los barrenos, cuando se encontraran rocas.

Detrás marchaba otro carro con los tubos de hierro, máquinas, bombas y maderos. Cerraba la expedición una guardia a caballo formada por dos trabajadores y Carlton, todos dispuestos a defender su sitio.

Todo había salido a pedir de boca, pero al llegar al sitio denominado "Paso estrecho", de entre los arbustos partió un disparo certero que hizo caer del pescante a Eduardo "el Perforador", y para máxima desgracia, el estampido del tiro produjo en los caballos un efecto de espanto que se reflejó en una carrera desenfrenada, hacia el caos, porque el pobre Jack, a pesar de su buena volun-

tad, no tenía bastante fuerza para detener a los desbocados caballos en su loca y fatal carrera.

Dejando en brazos de los otros dos hombres el moribundo cuerpo de "el Perforador" Bob montó de nuevo su caballo para salir en persecución del carro donde iba, haciendo desesperados esfuerzos para detenerlo, el pobre Jack.

Un nuevo peligro acudió a la mente de Carlton: en el carro que corría al desastre iba el cargamento de dinamita, que al menor golpe o topetazo podía explotar, causando irremediablemente la muerte al infeliz muchacho.

Era necesario, pues, alcanzar el maldito carro, a pesar de la gran delantera tomada.

Bob parecía un jinete fantasma en lucha desesperada y sin tregua contra la poderosa Muerte, que, celosa, defendía su presa, más codiciada por su doble valor de juventud y bondad.

Iba al galope tendido, castigando, sin los acostumbrados miramientos, a su noble caballo, que, dolorido por el trato, se esforzaba en aumentar su velocidad en desesperado esfuerzo. Algo se había ganado: la distancia que les separaba parecía aminorarse por momentos, pero era necesario un mayor esfuerzo, y con la pena que produce la injusticia hecha a sabiendas, hirió al pobre animal, que, loco de dolor, consiguió en su último esfuerzo dar alcance al carro.

Al llegar junto al pescante, de un salto se colocó al lado de Jack, que le miró agradecido, sin decir palabra. Ahora, a su lado, se sentía más valiente y no le importaba ni tener que morir.

—Separa unas clavijas que unen el juego de ruedas delantero del resto del carro. Pero rápido, que nos va en ello la vida, Jack—dijo Bob, cogiéndole las riendas e intentando con todas sus

fuerzas a detener a aquellos dos caballos alocados.

Unos momentos de angustia más. Al fin, la parte posterior del carro se desprendió, y se precipitó por un terraplén, y al volcarse se produjo la espantosa explosión que, de suceder unos minutos antes, hubiera causado la muerte de Jack.

En vehículo de nueva forma, compuesto por dos ruedas sobre las cuales descansaba el pescante, y tirado por los briosos corceles, que al fin, dominados por las potentes muñecas de Bob, se dejaban conducir debidamente, llegaron nuestros amigos al rancho de "Río Perdido", donde se les esperaba con ansia.

Fué necesario mandar a por otra partida de materiales iguales a los perdidos y buscar un sustituto al herido Eduardo.

Pero todo lo allanaban el optimismo de Bob y la diligencia de "el Huerfanito". Los trabajos se empezaron inmediatamente, más por la angustia que todos sufrían hasta saber qué había de realidad en sus esperanzas, que por necesidad de obtener agua.

De capataz de la obra habían contratado a un individuo que de saber Bob quién rea, seguramente hubiera pagado cara su audacia. Era el compinche de Corbin, el mismo que había aconsejado a éste que quitara de enmedio a Eduardo, "el Perforador", con la idea de sustituirle y poder así saber si en realidad existía manantial de agua o no en las propiedades de O'Brien.

Cada día pasaba sin obtener resultados satisfactorios, era una nueva desilusión para el padre de Patsy, que nunca tuvo muchas esperanzas de que las deducciones de Bob se cristalizaran en realidades.

Había pasado ya una semana de pruebas y ten-

tativas, de resultado nulo, cuando una mañana salió precipitadamente Raven para decirle a O'Brien que se había roto la última barrena, por haber hallado de nuevo roca, y le advirtió:

—Yo, por mi parte, no continuaría. Aquí no vamos a encontrar más que... disgustos, porque agua... la verdad, me parece que quien oyó el ruido debía soñar. Yo voy al pueblo a ver si encuentro otra barrena para hacer la última prueba.

Muy descorazonado dejaron estas palabras al buen viejo, pero tanto Patsy como Jack le rogaron que aguardara la próxima intentona.

Cerca del rancho, como cada día, esperaba noticias "Flash" y no tardó en saber por labios de Raven:

—No puedo detener por más tiempo el asunto. Compra ya si quieres hoy mismo la propiedad del rancho al viejo. El agua sólo necesita un simple barrenito para brotar en un chorro que esperó será muy potente.

—Está bien. Entretén la cosa de cualquier manera hasta mañana. Esta tarde esa mina de oro será mía.

Inmediatamente fué a buscar a Genovieve, que era aquella muchacha que llegó al pueblo junto con Bob para representar teatro. Había escogido Corbin a esta muchacha por ser desconocida en el pueblo.

Después de aleccionarla debidamente para que comprara para ella el rancho, se dirigieron a la casa del buen Patrick O'Brien.

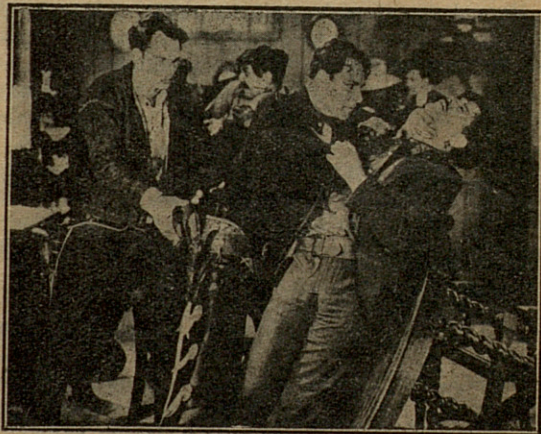
Las últimas noticias recibidas habían acabado del todo las fuerzas del padre de Patsy y estaba en magnífica predisposición para los planes de "Flash".

La compra no tuvo dificultades, porque a pesar de que O'Brien indicó que habían fracasado las

perforaciones en busca de agua, Genovieve le contestó:

—No, si yo deseo la casa para venir a descansar, porque estoy muy delicada; así es que me es indiferente que la propiedad tenga o no un gran caudal de agua.

Fuera, cerca del lugar donde se hacía el pozo artesiano, discutían los dos obreros, porque no



Una verdadera batalla se armó entre ambos bandos...

querían esconder ya por más tiempo las cosas extrañas que estaban pasando en aquella obra.

—Aquí hay gato encerrado. La barrena está en disposición de trabajar, y el agua me parece que si no salta ya, poco le debe faltar... Ese Raven debe tener algún interés particular en esconder el buen resultado del pozo.

Las últimas palabras fueron oídas por Patsy, que cogiéndoles de las manos se los llevó con ella hacia la casa, para evitar que su padre firmase la venta.

Una verdadera batalla se armó entre ambos bandos por retener unos el documento y por recuperarlo los otros.

La llegada de Bob decidió la partida a favor de



Todos miraban desde lejos el sorprendente efecto...

Patrick O'Brien, y viéndose perdido Corbin, intentó la fuga por una ventana, pero tras él salió Bob, dispuesto a darle su merecido.

Casi a punto de montar su caballo, le alcanzó Bob, y se entabló una lucha a muerte. En una de las fases de la lucha le fué posible a Corbin

desprenderse de su enemigo y salir corriendo hacia el sitio donde estaba emplazado el castillete del pozo artesiano, pero un disparo de Bob hizo explotar una caja de dinamita, y ¡oh prodigio!, una columna fuerte y alta de agua brotó de la tierra agradecida como premio a la tenacidad y al trabajo. Era algo que parecía imposible, tal era la potencia y cantidad de aquel manantial que surgía del suelo elevándose hacia el espacio.

Y allí le propinó una soberbia paliza a Corbin el noble y valiente Bob, "El Ciclón del Oeste".

Todos miraban desde lejos el sorprendente efecto de la fuente mágica, pero Patsy no tuvo bastante y fué en busca del vencedor para concederle el único premio verdaderamente ansiado por Bob.

Como si el agua quisiera amparar bajo su augusto manto aquel naciente y sencillo amor, el chorro brotó más potente... la cortina de líquido se hizo más túpida... y se juntaron por primera vez las bocas de Patsy y Bob.

F I N

EXCLUSIVA DE DISTRIBUCION PARA ESPAÑA

Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barará. 16.-Madrid: Evaristo San Miguel, 11

Acaban de aparecer, en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica, con éxito sin precedentes:

El mayor amor

por Dickie Moore, Betty Graam, etc.

El expreso fantasma

por William Collier Jr., Sally Blane, etc.

Al despertar

por Ramón Novarro, Helen Chandler, etc.

El robo de la Monna Lisa

(LA GIOCONDA)

por Willy Forst, Trude von Molo, etc.

La edad de amar

Billie Dove, Charles Starrett, Lois Wilson, Mary Duncan, etc.

SALVADA

por Joan Crawford, Neil Hamilton, Clark Gable, Marjorie Rambeau, etc.

— y —

Divorcio por amor

por Ann Harding, Lawrence Olivier, etc.

¡Ediciones Bistagne publica
siempre lo mejor entre lo mejor!

¡No se deje sorprender!

Exija siempre

Ediciones Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis - BARCELONA

RECUERDE ESTOS
: TITULOS Y PÍDALOS :

Ediciones Especiales

Novelación de las mejores películas de las mejores marcas.

Precio: 1 peseta

Exitos Cinematográficos

de gran aceptación.

Precio: 50 céntimos

Los Mejores Films

nueva colección de films seleccionados.

Precio: 50 céntimos.

La Novela Cinematográfica del Hogar

Precio: 80 céntimos.

Con postal-regalo.

Aventuras Film

Asuntos que deleitan a los muchachos y a los amantes de argumentos de emoción.

Precio: 15 céntimos.

86

Ediciones BISTAGNE

Paseo de la Paz, 10 bis

Teléfono 18551 - BARCELONA
